

poco á poco en el gabinete donde Agelio dormia, le despertó pronunciando el nombre de Calista, le echó encima la túnica, le puso entre las manos las botas y le indicó por señas que le siguiese. Viendo que vacilaba, repitió en voz baja el nombre de Calista, y al fin le cogió del brazo y le llevó consigo. Abrió la puerta de la calle, y con un movimiento de su mano, mas parecido á un golpe que á una despedida, le impelió hácia adelante, y cerrando la puerta en cuanto estuvo fuera Agelio, fué y se acostó en la cama que éste habia dejado. Es de suponer que su ángel bueno habia intercedido por él, pues que permaneció tranquilo y se sepultó en un sueño profundo.

CAPITULO XXIV.

Esperamos que el lector sienta no menos interes por Calista que por Agelio, y creemos que deseará conocer algo de su suerte; hasta quizá haya tomado á mal la obligacion en que le hemos puesto de contentarse tanto tiempo con

los informes casuales é indirectos de Jucundo ó de Juba; pero, si hemos faltado á la debida consideracion para con él, nos apresuramos ahora á corregir nuestro yerro.

Cuando Calista dejó tan atrevidamente la choza de Agelio para detener la marcha de los amotinados, habia en un punto importante contado, como suele decirse, sin la huéspedea. Hablaba latin corrientemente, y podia conversar con el pueblo de la ciudad, cuya mayor parte lo sabia tambien; mas no sucedia lo mismo á los campesinos, que, segun llevamos dicho, se habian trasladado en masa á Sicca el dia del motin. Los dos individuos con quienes primero tropezó, no conocian ni el griego ni el latin. Pertenecian á la raza que se decia Cananea, y que lo era en efecto; hombres feroces y gigantescos, semejantes á los hijos de Enea, de que habla la Sagrada Escritura. No se cuidaban de caminos ni de cercas; habian trepado á la colina como mejor habian podido, eligiendo el camino mas corto, y separándose de la multitud, que seguia la senda mas trillada, habian llegado mucho mas pronto á la choza. Ni ellos entendian á Calista ni

Calista á ellos; pero el exterior de la jóven decia bastante, y en consecuencia se apoderaron de ella, como su parte de botin, y sin mas ni mas la condujeron á Sicca, volviéndose por el mismo camino que habian venido, y entrando en la ciudad, no por la puerta de Septimio, sino por otra mas al Sur; feliz circunstancia, pues si no, hubieran corrido el riesgo de perecer en la horrible carniceria que los soldados hicieron de la chusma á su retorno.

Aquellos gigantes habian capturado, pues, á Calista, la cual entró en la ciudad á hombros de uno de ellos, que iba bailando tan ligeramente como si llevase una cesta de flores ó una caja de modista. Allí encontraron la policia de Sicca, que estaba apostada á la puerta.

—¡Dejad ese bagaje vivo, bribones! le gritaron en su áspero idioma cartaginés; ¿qué vais á hacer de un botin de esa clase? ¡Y cómo os habeis apoderado de él?

Es una de esas ratas cristianas, respondió el gigante que, á pesar de su fuerza atlética, no creyó prudente empeñar una lucha con doce hombres armados. ¡Viva el emperador! ¡Ya la en-

señaremos á comer cabezas de asno y á sembrar fiebres! La encontré con una partida de cristianos; es nada menos que una hechicera, y conoce todas las consecuencias de serlo.

—Déjala que se vaya, animal ébrio, dijo el gefe de la guardia, manteniéndose á cierta distancia. Jamás me persuadiré de que una muger sea cristiana, y menos una tan jóven. Y ahora que la veo, hasta donde me lo permite esta luz, creo que es sacerdotisa de uno de nuestros grandes templos.

—Sabe tomar todas las formas y parecer jóven ó vieja á voluntad, dijo el segundo de sus raptores. La ví una noche, hace un mes, cerca de Madaura, vagando en medio de las tumbas bajo la forma de una gata negra.

—Retiraos ambos, en nombre de los *Suffetas* de Sicca y de toda la magistratura, gritó el oficial. Entregad vues.ra prisionera á las autoridades de la ciudad y dejad que la ley siga su curso.

Pero los cananeos no parecian muy dispuestos á soltar su presa; y no queriendo ninguno de los partidos empezar el ataque, hubo una transaccion.

—Bien, dijo el gefe de la guardia, es

preciso respetar la ley y mantener la paz. Amigos míos, debéis someteros á los magistrados; pero, ya que tú tienes á hombros la jóven, siga así, y te encargamos, como acémila, de llevarla en lugar de nosotros; lo que nos ahorrará ese trabajo. Niña, continuó, eres nuestra prisionera; y podrás defender tu causa en la *popina*. ¡Viva Decio! ¡Viva nuestro piadoso y afortunado emperador! ¡Viva largos años esta antigua ciudad, colonia y municipio! Valor, hija mía; cantanos una ó dos coplas mientras vamos de camino, porque apuesto un *cynthus* de vino puro, que, si quieres, sabes entonar cantos tan dulces como el mana.

Calista guardaba silencio, pero estaba perfectamente tranquila y pronta á aprovechar la primera oportunidad para mejorar de condicion. Se adelantaron hácia el Foro, donde estaba situada una oficina de policía, como diríamos hoy; pero no llegaron allí sin alguna aventura. La fuerza militar romana que habia en Sicca no pasaba de cien hombres; los mas de ellos se encontraban entonces en la puerta grande aguardando la chusma; y unos pocos, en partidas de tres y de cuatro, andaban de patru-

lla. Varios de estos se hallaban á la entrada del Foro cuando llegó nuestra escolta; y aconteció que un oficial superior, que servia de ayudante al que pudiera llamarse comandante de la plaza, y sobre quien habia pesado mucha parte de la faena de aquel dia, estaba con los soldados. Calista le habia conocido como amigo de su hermano; y recordando su fisonomía, á pesar de la oscuridad, se aprovechó del encuentro.

—¡Socorro, señores! exclamó. ¡Socorro, Calfurnio! Estos malvados me llevan á una de sus guaridas.

El tribuno conoció al momento la voz de Calista.

—¡Cómo! dijo lleno de asombro, ¿eres tú, hermosa Griega? ¡Hombres viles, infames, groseros, soldadla al instante! ¿Qué teneis que ver con esa jóven? Soldadla, repito, á menos que no querais os rompa vuestros cráneos africanos con el pomo de mi espada.

No habia que resistir á la voz de un Romano; pero la pronta obediencia es cosa rara, y los malsines empezaron á parlamentar.

—Noble señor, dijo el agente de policía, es nuestra prisionera. ¡Júpiter te

conserva, Baco y Ceres te bendigan, señor tribuno! ¡Viva el emperador Decio, en estos infelices tiempos! Pero esta joven ha formado parte del motin; era uno de los gefes, cristiana, y ademas, hechicera.

—Animal, detén tu vil lengua, gritó el oficial, ó te la sepultaré con mi lanza al través de la garganta para hacértela digerir. Suelta á esa joven, bruto! ¿Y lo piensas? Ve, Lucio, dijo á uno de sus soldados, échale á puntapiés, y trae aquí la joven.

Calista fué entregada; pero el agente de policia, irritado del trato que habia recibido y lleno de despecho contra Calurnio, causa de todo, exclamó maliciosamente:

—Cuidado con lo que haces, noble señor; á nosotros no nos incumbe, pero pudieras esponer tu cuello; porque un Emperador es un Emperador, un Edicto es un Edicto, y un Cristiano es un Cristiano. No sé lo que dirán en altos lugares; mas eso te concierne. Y alzando mas la voz, cuando se vió á cierta distancia, de modo que le oyeran los soldados, dijo:—Mirad que esa joven es una sacerdotisa cristiana, sorprendida

en una reunion de cristianos sacrificando ante asnos y comiendo niños por el destronamiento del emperador y la ruina de su leal ciudad de Sicca, y se me ha impedido cumplir con mi deber.... á mí, agente de policia de la ciudad. Fácil seria que Calurnio atrajese de nuevo sobre nosotros la peste, la epizootia, la langosta, y toda clase de *larvæ* y de *manix* antes del fin de la historia.

Este discurso dejó perplejo á Calurnio, segun la intencion del que acababa de pronunciarlo; pues le era imposible disponer de Calista como deseaba, una vez formulada una acusacion semejante en presencia de sus soldados. Sabia lo formal que era en aquellos momentos la cuestion de cristianismo, y cuán decidido estaba el gobierno imperial á esterminar á los que lo profesaban; era buen soldado, adicto al cuartel general, y no deseaba comprometerse con sus superiores ni dar á los testigos del hecho ventaja sobre él, poniendo en libertad, sin exámen, á una muger aprehendida en una casa cristiana. Profirió un juramento, y dijo á los soldados:

—¡Pues bien, amigos! ya que es pre-

ciso, llevémosla á los triunviros. Valor, mi estrella de la mañana, brillante rayo de la Hélade! esto es solo una fórmula, y quedarás libre tan pronto como te vean.

Dicho esto, tomó el camino del *Officium*.

Pero el espíritu que allí presidía era menos complaciente de lo que Calpurnio se había figurado. Sea que el *Officium* estuviese celoso de los soldados y de su intervencion particular, ó indignado con la matanza verificada en la puerta grande y cuya noticia acababa de esparcirse; sea que los acontecimientos de aquel dia hubiesen excitado su mal humor, ó que profesase un odio especial á los cristianos, es lo cierto que el Romano vió que habria sido preferible tomar una resolucion mas atrevida y conducirla al campamento en clase de prisionera. Sin embargo, ya no le quedaba mas que hacer sino irse; y Calista cayó de nuevo en manos de autoridades municipales, esta vez altos funcionarios, que, despues de proporcionarle habitacion donde estar aquella noche, decidieron que se la interrogase á la mañana siguiente.

Así se ejecutó, no trasluciéndose nada de lo que habia pasado en el interrogatorio, cuyo resultado fué citarla para otra audiencia. Permittedsele avisar á su hermano, diciéndole dónde se encontraba; y como se le concediese á éste tener una entrevista con Calista, salió casi fuera de sí exclamando que era víctima de algun hechizo, y que se imaginaba cristiana. Ariston hubiera podido difícilmente decir lo que en aquella entrevista habia producido en él tan triste impresion; pero era evidente que debia haber algo grave en el asunto, pues de otro modo no ofreciera materia á un proceso público y á un nuevo interrogatorio, fijado para de allí á tres dias.

CAPITULO XXV.

Si el origen de la locura de Juba (ó de lo que quiera que fuese, en sentir del mundo) permitiera al escritor hablar de ella con ligero estilo, podria estenderse mucho sobre la sorpresa de Jucundo, de aquel hombre perspicaz, de estrecho entendimiento positivo y amante de su ca

modidad, cuando se encontró con un sobrino en vez de otro, sucediendo á este asombro tocante á Agelio, una série de actos de aturdimiento y consternacion respecto de Juba. Tomó por testigos del maravilloso suceso á Júpiter y Juno, á Baco, Ceres, Pomona, Neptuno, Mercurio, Minerva y la grande Roma; en seguida acudió á los dioses infernales Pluton y Proserpina, y hasta al mismo Cerbero, si se contaba en su número. Pero, en último resultado, el prodigio existia, á pesar de todas las divinidades que el Olimpo, la Arcadia ó el Lacio habian engendrado; y semejante prodigio causó tal efecto en el sistema nervioso de Jucundo, que la primera noche se despojó de cuanto tenia de bueno, y fué á acostarse sin haber ni comido ni cantado.

Imposible nos es decir cuál fuera el motivo que impulsó á Juba á la empresa que tan desagradablemente habia afectado á su tío; y tampoco sabemos por qué pronunció el nombre de Calista. ¿Era porque desease la felicidad del alma de esta jóven, ó la perdicion de la de Agelio? Es una cuestion insoluble, y que debemos dejar en la oscuridad

con que nos la ha presentado la narracion precedente. Lo que hay de cierto (aunque no aclara el punto) es que, al dejar por la mañana la casa de su tío (lo que ejecutó sin que éste le instase mucho á que se quedara), se le vió brincando y gesticulando cerca de la prision de Calista, hasta el extremo de llamar la atencion del *apparitor* ó comisario de barrio que custodiaba la puerta. Alarmado éste por su aire salvaje, envió á buscar algunos de sus compañeros, y con su auxilio pudo rechazar al intruso que, entre tanto, escurriéndose por la puerta oriental de la ciudad, desapareció en los desfiladeros de las montañas.

Una cosa hay, sin embargo, de la que podemos salir garantes, y es que Juba no tenia intencion de agitar, ni por una sola noche, los nervios de Jucundo; lo que no impidió que lo estuviesen y que por espacio de veinticuatro horas el anciano no contemplase mas que miserias en torno de sí. Juba estaba perdido, y la posicion de Agelio era todavía peor, pues indudablemente se habria reunido con los individuos de su secta, y era probable que no le volviese á ver. A

Jucundo no le quedaba mas esperanza sino la de que Agelio no seria hervido en una caldera ó asado á fuego lento. Si tal cosa llegase á suceder, dejaria de positivo á Sicca, y abandonaria el comercio mas floreciente de todo el Proconsulado. ¡Y además, la tierna Calista! ¡Ah! ¡Qué verdadera calamidad habia en todo esto para él! Fuese como fuera, la habia perdido; ¡y dónde encontrar una artista tan hábil como ella para los trabajos de mármol ó de metal? Era un tesoro por sus talentos. En resúmen, el horizonte estaba muy oscuro, y hubiera sido casi imposible al que conociese el aire jovial de Jucundo, no reirse, cualquiera que fuese su simpatía hácia él, notando la prolongacion no usual de su rostro y la palidez que lo cubria.

El dia de la desaparicion de Agelio y la víspera del interrogatorio de Calista, estando Jucundo sentado á la ventana de su almacen, Ariston corrió hácia él, afligido por una tristeza mas viva y mas fundada que la del anciano. Es cierto que habia estado allí el dia antes, pero érale grato compartir su disgusto con otras personas, y trataba de librarse

de su insoportable carga, dando suelta á un torrente de lágrimas y de exclamaciones. No obstante, al principio las palabras de uno y otro “se movian lentamente,” como dice el poeta, y caian de sus lábios á modo de espirante fuego.

—¿Supongo, dijo Jucundo con tono abatido, que no habrá ido á tu casa?

—¿Quién?

—Agelio.

—¡Oh! ¡Agelio! No, no está en casa. Despues de una pausa añadió. ¿Por qué habria de estar?

—¡Ah! no lo sé. Me figuraba que podria. Se ha ido desde esta mañana muy temprano.

—¿De veras! No, no sé dónde está. ¿Cómo vino á tu casa?

—Te lo dije ayer, y lo has olvidado. Habia conseguido ocultarle; pero se ha marchado para siempre.

—¿Cómo!

—¡Y su hermano está loco! . . . ¡horriblemente loco! dijo golpeándose el muslo con la mano.

—Siempre lo he creido, respondió Ariston.

—¿Sí? pues bien, es cierto. . . . pero ahora mas que nunca. ¡Las Furias vengadoras se han apoderado de él, y está frenético! ¡Dos chicos, y ambos locos! La culpa es toda del padre.

—Yo creia que te hubiera gustado saber algo acerca de mi amada y tierna Calista, dijo su hermano.

—¡Sí, indudablemente! respondió Jucundo. ¡Por Esculapio! ¡Todos ellos están locos!

—¡La misma locura! exclamó Ariston con mucha vehemencia.

—¡El mundo entero se vuelve loco! observó Jucundo, para quien la conversacion era decididamente un ejercicio del que obtenia buenos resultados. ¡*Todos* vamos á volvernos locos! Yo perderé el juicio. El populacho de la ciudad ya lo ha perdido. ¡Qué abominable y brutal ocupacion la suya de hace tres dias! Yo cerré mis postigos. ¿Se acercaron á tu casa? ¡Y todo, por uno ó dos miserables cristianos, y por mi pobre Agelio! ¿Qué daño pueden hacer aquí dos ó tres víboras? Fácilmente se las hubiera aplastado con los pies. En Cartago es otra cosa. Está bien que se coja á los gefes, y se hagan escarmientos;

pero las zorras se escapan, y nuestros pobres ánsares sufren.

Ariston, traspasado por su propio dolor, no tenia corazon ni cabeza para entrar en las ideas semi-políticas de Jucundo, que continuó en estos términos:

—Si, nada marcha bien. El imperio se desmoronará, ¡cuenta con lo que digo! se desmoronará, si se deja en libertad á esos animales. Se les *ha* permitido vivir tranquilos, y ahora los remedios no surten ya efecto. Decio no conseguirá nada. ¡No hay nadie seguro! ¡Adios, amigos míos! Me voy. ¡Como la pobre y amada Calista, seré encerrado en una prision, y me encontraré mudo como ella! . . . ¡Ah! Calista. . . . ¿Qué tal est?

—¡Oh! . . . querida, tierna é infeliz jóven! exclamó su hermano.

—¡Sí, en verdad! respondió Jucundo, absorto en sus pensamientos; ¡sí! ¡es una tierna, querida é infeliz jóven! Yo creí que él ballase medio de salvarla; tal era mi esperanza. Ardía por saber su paradero, y si habia posibilidad de socorrerla; y yo estaba en la persuasion de que pondria el mayor empeño en acercarse á *ella*. Calista tenia sobre Agelio gran predominio, y le amaba, ¡oh!

¡sí! ¡le amaba!.... Estoy convencido de ello; y nadie me hará creer lo contrario. Proporcionadles una entrevista, decia yo, y correrán á abrazarse. ¡Pero están hechizados!.... ¡Todo el mundo está hechizado! Cuenta con lo que digo.... Yo sé lo que hay en el fondo de todo esto.

—¡Oh! exclamó Ariston suspirando: ¡no me cuido del fondo ni de la superficie! ¡No me cuido de nada en el mundo, sino de Calista! ¡Si la hubieras visto con qué paciencia sobrellevaba los padecimientos! Y el pobre jóven se deshizo en lágrimas.

—¡Cálmate! ¡cálmate! dijo Jucundo, que estaba ya bastante repuesto; muestra que eres hombre, amado Ariston. Esas cosas tienen que suceder, pues tal es el destino de la naturaleza humana. ¿Recuerdas lo que dice el poeta trágico? ¡Aguarda! ¡no! es el poeta cómico.... es Menandro....

—¡Al Orco y al Erebo con todas las tragedias y comedias que se han declamado en el mundo! exclamó Ariston. ¿No puedes hacer nada por mí? ¿No puedes ofrecerme algun consuelo, alguna simpatía, animarme ó aconsejar-

me? Soy aquí extranjero, lo mismo que mi hermana, que forma mi orgullo, y que ha sido siempre tan buena, tan amable, tan benévola. ¡Me amaba tanto! No me negaba nada, y mis palabras eran leyes para ella. Ven acá, ve allá, le decia.... y mis deseos se veian al instante cumplidos. Diez años hace que somos huérfanos y que vivimos juntos. Mi edad es doble de la suya. Ella queria permanecer en Grecia, y vino á esta detestable Africa solo por mí. Cuando á mí se me antojaba, podia estar alegre y radiante. No teniendo voluntad propia, su corazon permanecia libre y encontraba placer en todas partes. No contaba un solo enemigo. ¡Oh! sí, ¡valia por todos los dioses y diosas del Olimpo! Y aquí, en esta ominosa Africa, el espíritu del mal se ha apoderado de ella, y se cree cristiana, cuando lo es tanto como hipógrifo ó quimera.

—Bien, Ariston, replicó Jucundo; pero yo iba á decirte lo que hay en el fondo de todo esto. Calista está loca; Agelio está loco; Juba tambien lo está; Estrabon lo estaba; mas fué su esposa, la vieja Gurta, quien le privó del juicio; y de ahí, en mi sentir, proceden todas

nuestras miserias.... ¡Entra, entra, Cornelio! gritó, viendo al Romano, amigo suyo, en la calle; y añadió con tono lúgubre: entra, y danos algun consuelo, si te es posible. ¡Bien! ¡Esto es ser amigo! Sé que me ayudarás, si está en tu mano.

Cornelio respondió que dentro de dos ó tres dias volvía á Cartago, y que venia á abrazarle, esperando que cenarian juntos por despedida.

—¡Eres muy amable! respondió Jucundo; pero antes dime cuanto sepas de ese triste asunto, pues que te hallas al corriente de los secretos del Capitolio. ¿Hay alguna noticia de mi pobre Agelio?

Cornelio no habia oido hablar de las aventuras del jóven, y se llenó de consternacion al saberlas.

—¡Cómo! ¿Agelio seria realmente cristiano? dijo; ¿y en tales momentos? Pero, paréceme que me hablaste de una jóven que debia traerle al buen camino.

—Es cristiana tambien, replicó Jucundo; y despues de una pausa, añadió: ¡El mundo está echado á perder! Los triunviros la han preso. ¿En qué vendrán á parar estas cosas?

Cornelio meneó la cabeza y tomó un aire misterioso.

—¿No dices nada? repuso Jucundo. Espero, querido Cornelio, que no creerás vayan á aborcarla.

El Romano conservó su aspecto sombrío y pomposo.

—¿Habremos de verla sometida al tormento, prosiguió Jucundo, ó puesta en la rueda, ó destrozado su cuerpo por uñas de hierro?

—Es mal negocio, tú mismo lo has dicho, contestó Cornelio; ¡es mal negocio!

—¿No puedes hacer nada por nosotros? exclamó Ariston. Todos los principales personajes de Cartago son tus amigos. ¡Oh Cornelio! ¡Haria cualquier cosa por tí!... ¡Seria, en caso preciso, tu esclavo! Ella es tan cristiana como el gran Júpiter; ni siquiera tiene la apariencia de tal; no se ve sombra de semejante cosa en sus vestidos ni en su peinado. Es Griega de piés á cabeza; interior y exteriormente. ¡Irradia como el dia! ¡Ah! ¡no tenemos aquí amigos! ¡Querida Calista! ¡tu ruina es segura, porque eres extránera! Y el ardiente jóven empezó á arrancarse los cabellos.

—¡Oh Cornelio! continuó; ¡si pudieras hacer algo por nosotros! ¡Oh! ¡Calista cantará y bailará para tí; se prosternará á tus plantas, te besará las rodillas y los piés, como yo ahora, Cornelio! Y se arrodilló, estendiendo los brazos cual si quisiera coger la barba del Romano.

Nadie se habia dirigido nunca á Cornelio con tan poético ceremonial; y aunque le causase bastante embarazo, sintió á la par satisfaccion.

—Segun te espresas, dijo con énfasis, tu hermana está presa por sospechas de que ha abrazado el cristianismo. Pues bien, la cosa es muy sencilla. Que jure por el genio del emperador y quedará libre; si se niega á ello, la ley debe seguir su curso. Y se inclinó ligeramente.

—Es verdad, replicó Ariston; pero mi hermana es víctima de una ilusion, que no puede durar mucho tiempo. Dice claramente que *no* es cristiana; ¿no es esto decisivo? mas no quiere quemar incienso; no quiere jurar por Roma. Dice que no *cree* en Júpiter, ni yo tampoco; ¿puede darse conducta mas insensata? Son actos de loca. Yo le digo: Hermana mia, la cuestion es esta: ¿De-

seas esponerte á la vergüenza, morir por la cuchilla del vergugo en los tormentos? ¡Oh! ¡yo acabaré por perder el juicio como ella! ¡Era tan hábil, tan ingeniosa, tan alegre, tan fantástica, tan flexible! Sí, no habia nada que no supiese hacer. Sabia modelar, pintar, tocar la lira, cantar, declamar. Se distinguia en los trabajos de la aguja; bordaba perfectamente. Este cinturon me lo hizo ella. Agelio, Agelio tiene la culpa de todo.... Perdon, Jucundo; pero es la verdad. Y se arrojó en el suelo y se arastró por el polvo.

—Acababa de suplicar á nuestro amigo cuando entraste, dijo Jucundo á Cornelio, que se dominara y acordara de la máxima de Menandro: *ne quid nimis* (1). Con afligirse nada se remedia; pero es inútil recomendar la moderacion á estos jóvenes. ¿Crees que puedes hacer algo por nosotros, Cornelio?

—Durante mi permanencia aquí, respondió el romano, he entablado relaciones con un hombre muy sensato, y cuyas opiniones políticas son en extremo sanas. Goza de gran reputacion, se llama Pole-

(1) Moderacion en todo.